

El sistema internacional: viejos dilemas y nuevos retos. La crisis de septiembre de Estados Unidos y su gran oportunidad

*Alejandro Chanona Burguete**

A cinco meses del atentado terrorista en contra de las desaparecidas torres gemelas de Nueva York y del Pentágono en Washington, D.C., la *realpolitik* ha confirmado su regreso al escenario internacional. El regreso de la *política* a la política internacional de principios de siglo se combina graciosamente con el creciente descontento de grandes sectores de la sociedad internacional por la imparable expansión de la desigualdad en las relaciones económicas internacionales. No hay foro mundial de evaluación del rumbo del sistema económico capitalista a nivel global que no sea objeto de grandes manifestaciones locales e internacionales que claman por un freno a la creciente pobreza a nivel planetario. Las cifras son escandalosas y esto preocupa hoy a todos por igual.

Se proclama la buena forma y el ritmo saludable de las economías de mercado, sin embargo, todos reconocen los riesgos de la creciente brecha entre países pobres y ricos. Éste es el reto a vencer que enfrenta la sociedad internacional del siglo XXI.

* Coordinador del Centro de Estudios Europeos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS), UNAM. Correo electrónico: <bchanona@servidor.unam.mx>. Esta versión se terminó de escribir el 11 de febrero de 2002.

Desde que se perpetró el ataque terrorista a Estados Unidos el 11 de septiembre, propuse como guías para ordenar la discusión al menos diez líneas de debate que considero siguen vigentes en la opinión mundial y nacional sobre esta crisis en Estados Unidos y sus respectivas consecuencias para la sociedad internacional.

I

El ataque terrorista a Estados Unidos alcanzó una *dimensión universal insospechada en la historia moderna de la humanidad*. Por lo tanto, su tratamiento y análisis requiere respuestas universales y válidas para el conjunto del sistema internacional. No hacerlo así será un error muy grave para entender y prever la magnitud de sus consecuencias en la coyuntura, así como en el mediano y largo plazo. Por ello, debemos urgentemente impulsar el debate, organizar las ideas para dar paso al desahogo de pruebas, ahora no sólo para lo que fue Afganistán, sino también para Irán, Irak y Corea del Norte.

En los espacios de reflexión académica, será una tarea central continuar con el compromiso de la indagación científica y ética, en la que evitemos las tentaciones de los extremos y la polarización del debate. El tema debe seguir siendo abordado con serenidad y rigor analítico, evitando las posiciones cómodas y grandilocuentes, por no decir propagandísticas o de nota para los medios de comunicación.

La guerra en Afganistán ya terminó, el régimen talibán fue depuesto y un gobierno provisional está al frente de las tareas de reconstrucción nacional. El debate sobre los derroteros que deberá seguir la lucha mundial antiterrorista es universal y está presente en todas las agendas de foros multilaterales y bilaterales en los que Estados Unidos posiciona su percepción. Su búsqueda de aliados es incansable y se han señalado los enemigos que podrían seguir en la lista de objetivos antiterroristas, nuevamente: Irak, Irán y Corea del Norte.

Francia, Rusia y la Unión Europea tuvieron una reacción muy decidida en conjunto: no están de acuerdo con una cruzada simplista que involucre al mundo, a la sociedad internacional, a la Organiza-

ción de las Naciones Unidas y a su Consejo de Seguridad en una subsecuente guerra al estilo afgano. Está claro que Irak es el siguiente en la lista y que Estados Unidos con o sin el consenso de otros actores destacados en las relaciones internacionales evaluará la deposición del régimen iraquí de Sadam Hussein.

II

El mundo ha sido empujado a la polarización. “Estás conmigo o contra mí”. Romper el cerco de esta polarización y asumir posiciones universales o responsables frente al conflicto es un reto. Los acuerdos universales incuestionables son:

- Condena a la violencia.
- Condena al terrorismo.
- Afirmación de la justicia.
- No a la guerra.

En este sentido, no dejemos que el gran poder de Estados Unidos se aisle, como si se tratara de un tigre que se “lame las heridas y está por atacar”. Ayudémosle a tener serenidad. Su horizonte deberá ir más allá de sí mismo, deberá compartirlo con el resto de la sociedad internacional. Su gran oportunidad es sumar al mundo no sólo para combatir el terrorismo, sino para combatir otros flagelos de la humanidad, como son la guerra misma, la pobreza, el respeto a los derechos humanos, la conservación del medio ambiente, la lucha en contra del narcotráfico, etcétera.

El conflicto en Afganistán y el potencial ataque a otras naciones, que supuestamente dan cobijo a grupos terroristas (lo cual debe comprobarse), ponen a prueba la capacidad de la sociedad internacional para mundializar con reglas claras el tratamiento de estas situaciones, sin medidas unilaterales por parte de Estados Unidos. Algunos meses después de emprendidas las acciones contra Afganistán, el secretario de Estado, Colin Powell, manifestó que Estados Unidos está analizando una amplia gama de acciones sobre cómo manejar a Irak. En este sentido, la Casa Blanca evalúa el posible cam-

bio de régimen en Irak y señala que su país está dispuesto a hacer de manera unilateral lo que sea necesario.

Ante la polarización, Francia y la Unión Europea en general externaron su posición crítica, en particular su desacuerdo con la estrategia de Estados Unidos. Incluso, yendo más lejos, Francia denunció que Estados Unidos amenaza al mundo con su simplismo antiterrorista; es decir, que dicho país aplica la óptica de la lucha antiterrorista a todos los problemas del planeta.

Ahora es el mejor momento para hacer un llamado con el fin de realizar una cumbre mundial en contra del terrorismo que evite fracturas de fondo entre los diferentes actores de la sociedad internacional, lleve a una distensión de la política internacional y, desde luego, dote a la comunidad internacional de reglas claras y universales para el tratamiento del problema, a partir de construir los referentes de convergencia y estableciendo los ejes básicos de acción en materia de política internacional; como es el caso de las relaciones trasatlánticas entre Estados Unidos y la Unión Europea.

III

A manera de pregunta, *¿podemos realmente proclamar que esta crisis nos enfrenta con el nuevo orden internacional que no ha acabado de nacer desde hace algún tiempo?*

La respuesta no es sencilla, lo cierto es que para muchos analistas esta situación representa un parteaguas en la historia de la humanidad. Permítanme plantearles mis reservas, ya que asumo que los paradigmas teóricos vigentes están en una posición privilegiada para revisar sus categorías y principios epistemológicos con el fin de explicar y estudiar a fondo la crisis estadounidense. En este sentido, la teoría internacional, la teoría política, en suma, la teoría social, pueden y deben abocarse al análisis científico de tan trascendental evento.

El debate teórico tendrá que revisar viejos postulados y nuevas propuestas respecto de la naturaleza humana y la política mundial o sobre el problema de la soberanía y las nuevas amenazas a la seguridad internacional, etcétera.

También es cierto, como nos señala John Carlin en uno de sus más recientes artículos, “los acontecimientos del 11 de septiembre marcarán un antes y un después en la vida estadounidense. Ni la política estadounidense ni la visión que tienen del mundo y cómo relacionarse con él, ni sus actitudes y valores, volverán a ser jamás los mismos”. Carlin cita además a William Cohen, ex secretario de Defensa de Clinton, quien señaló: “ante la crisis los estadounidenses deberán estar preparados para algo peor, es decir, deberán pensar lo impensable”, y concluye con lo que para mí es una visión clave: la respuesta a lo “impensable” es la *cooperación internacional*, es decir, evitar el aislacionismo.

La duda permanece, no sabemos si el nuevo orden internacional se acelera o se estanca a partir de la crisis de septiembre. El regreso de la *realpolitik* podría ser una fuerza inhibitoria para que se aceleren los nuevos rasgos y procesos que podrían replantear las relaciones internacionales del nuevo siglo.

IV

¿Existe la necesidad de una revolución teórica? Creo que no. Revisemos la tan multicitada hipótesis central de Samuel Huntington: “la fuente fundamental de conflicto en el nuevo mundo —se refiere Huntington en 1993 al fin de la guerra fría— no será primariamente ni ideológica, ni económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente dominante de los conflictos será cultural”. A partir de ahí nos pronostica el desencuentro entre Occidente y el islam.

Pese a lo convincente de la hipótesis, que parece encontrar su evidencia empírica en la crisis de septiembre, no la podemos validar en un sentido total, por dos razones: 1) el ataque terrorista se explica teóricamente con el planteamiento neorrealista de que las formas de poder que se difunden en el sistema internacional produjeron, en sentido estricto, que un poder menor atacara a un poder mayor, y 2) el terrorismo no puede ser una ecuación cultural, ya que se reproduce también de forma clara en sociedades occidentales. Sacudámonos el prejuicio cultural y revisemos los debates teóricos vigentes en las relaciones internacionales.

V

Deberá hacerse justicia internacional y qué tipo de justicia. Carlos Fuentes puso el dedo en el renglón, *una nueva legalidad para una nueva realidad*.¹ Las instituciones internacionales, sus reglas, normas y procedimientos vigentes se encuentran al límite de sus capacidades para resolver por sí mismas las diferencias, conflictos y disputas entre las naciones.

Aprovechemos esta crisis para preparar el futuro de la humanidad. Es decir, ¿cómo prepararnos para que esto no ocurra más? Hay que reconocer que este ataque artero a la sociedad estadounidense es la “punta del iceberg”, detrás del cual hay un sistema internacional que ha sublimado durante los últimos dos decenios la pobreza más extrema para inmensos sectores de la humanidad, acompañada de niveles de contaminación y deterioro del medio ambiente en proporciones gigantescas. La violación de los derechos humanos a nivel planetario ha alcanzado rangos escandalosos y se sitúa como uno de los afanes centrales de la sociedad civil a nivel mundial. El narcotráfico y el terrorismo azotan a la gran mayoría de países y su combate rebasa las fronteras del Estado-nación exigiendo respuestas globales y multilaterales.

En suma, Estados Unidos tiene la gran oportunidad de ser el líder no sólo de la denominada “cruzada” mundial antiterrorista, sino de una gran propuesta de reorganización mundial que vincule con efectividad la ética con la globalización y que construya esa nueva legalidad de la que habla Fuentes. Ésta impartirá justicia no sólo con un desahogo de pruebas eficiente, sino que irá más allá de las forma de violencia que hasta ahora enfrenta a hombres con hombres.

Los presos de Guantánamo presentan a Estados Unidos el reto de sumarse o restarse de una visión universalista de la impartición de justicia. Desde los juicios de Nuremberg, hasta los tribunales especiales para la ex Yugoslavia y Ruanda, la humanidad sigue debatiendo con pasión e intensidad las características y los límites de tribunales internacionales. El mundo tiene puestos los ojos en Guantánamo para observar con qué margen de legalidad y equidad se procesa a los prisioneros de guerra. ¿Se les garantiza a éstos sus de-

¹ Carlos Fuentes, “Reflexiones para Monterrey”, *Reforma*, 17 de marzo de 2002.

rechos humanos y por qué? Una vez más Estados Unidos tiene la oportunidad de hacer un planteamiento para construir la filosofía jurídica universal que procure justicia a todos y para todos en igualdad de circunstancias.

VI

El combate al terrorismo. La lucha frontal de Estados Unidos en contra del terrorismo es justa. Lo que es injusto es que los países del mundo compitan para demostrar quién es el mejor aliado de ese país y poder combatir “codo a codo” con ellos. En este tema central de la crisis, se deberá hacer un balance para que todos, en la medida de sus posibilidades y conforme con sus capacidades, se sumen a un llamado mundial y universal que condene toda forma de violencia en las relaciones internacionales.

El paradigma de combate al terrorismo deberá ser consensado en los días venideros en el marco de la nueva legalidad que cree la comunidad internacional. Deberemos desde ahora distinguir entre la coyuntura y la construcción de un sistema de paz que sume, bajo un discurso universal, las nuevas formas de seguridad colectiva y humana que demanda el sistema internacional. De prevalecer una visión realista, que consagre una vez más el discurso del poder, poco o nada se avanzará en el esfuerzo colectivo por desactivar las redes internacionales del terrorismo.

Nuevamente se hace oportuno hacer un llamado a una cumbre mundial en contra del terrorismo. Si no es a través de acciones multilaterales el mundo se seguirá polarizando.

VI

¿Se modifica la teoría de la guerra? No. Clausewitz define la guerra como

un acto de violencia encaminado a obligar a nuestro oponente a cumplir nuestra voluntad [...] la guerra es un acto de violencia llevado a sus má-

ximos extremos. Cuando una facción dicta la ley a la otra, surge allí una suerte de acción recíproca que, lógicamente, debe conducir a un punto extremo.²

Estados Unidos ha declarado la guerra a ese actor que les infligió ese acto de violencia extremo. El desafío que enfrenta la comunidad internacional es que esta situación de guerra no prevalezca sobre las oportunidades de construir un sistema de paz y justicia.

Estados Unidos definió a su enemigo como un actor de guerra y no como un simple terrorista. Esto permitió que le declarara una guerra sin cuartel y generó el discurso político que plantea en la actualidad las prioridades de la política exterior estadounidense. Por ejemplo, en el discurso del presidente Bush dirigido al Congreso el 20 de septiembre de 2001, el gobierno de Estados Unidos asigna un presupuesto militar enorme que evidencia el mencionado cambio de prioridades internacionales de Estados Unidos.

VIII

El islam y sus principios. Nunca antes en la historia de Occidente el islam había ocupado tal espacio de reflexión entre nosotros. Aprovechemos para evitar la tentación de confundirlo e identificarlo con el terrorismo. Es un momento cuando reevaluarlo nos evitará caer en observaciones irresponsables sobre los musulmanes.

Deberemos anteponer a la intolerancia, tolerancia. Como señala Bobby Sayyid en su libro sobre el tema, “el islamismo significa tener que repensar la identidad occidental y su lugar en el mundo”,³ pero no para situarlo como su antagonico, sino como una civilización más; esto va en sentido opuesto de la hipótesis de Huntington.

El islam, como una de las tres grandes religiones monoteístas del mundo, sustenta su doctrina en el amor; sin embargo, como en toda religión, los radicales están dispuestos a interpretar su seguimiento a

² Clausewitz, *On War*, libro 1, On the Nature War (Princeton: Princeton University Press, 1989), 75.

³ Bobby Sayyid, *A Fundamental Fear: Eurocentrism and the Emergence of Islamism* (Londres: Zed Books, 1997), prólogo.

costa de castigar a los “infieles”. Si se revisa el imperio islámico y su expansión desde el siglo VII hasta el Califato de Córdoba, la capacidad de tolerancia, convivencia y asimilación del islam fue extraordinaria.

IX

El papel de los medios para darle a esta crisis dimensiones universales ha sido decisivo. Sin la fuerza de los medios para difundir la crisis de septiembre no se entendería el efecto que ha tenido en la conciencia mundial el ataque al superpoder de Occidente. Por lo mismo, sin su participación no será posible hacer de esta crisis una lección para la humanidad en los sentidos explicados en las líneas anteriores.

La capacidad de la CNN, por ejemplo, para ser un intérprete de las imágenes y los mensajes que el mundo ve sobre conflictos como el de Afganistán, define en buena medida el alcance del imaginario colectivo de la sociedad internacional. En este sentido, la responsabilidad de Estados Unidos y sus grandes corporaciones de medios es monumental para contribuir a un trabajo comunitario del planeta que permita llevar la lección más allá de la guerra.

X

Finalmente, para México, la crisis de septiembre de Estados Unidos sirve para repensarnos como Estado-nación, como sociedad y como parte de la región de América del Norte. Sin ser indulgentes con nosotros mismos, debemos reconocer que esta situación nos demuestra que el choque de identidades nos ha impedido dar, no el apoyo político y diplomático que permite nuestra Constitución y nuestro pacto federal, sino ser más explícitos con nuestra solidaridad espiritual y de duelo hacia aquel país, con motivo del ataque terrorista que todos condenamos y condenaremos para siempre.